

«Ésta es la historia de cuánto echo en falta a mi madre.
Algún día, de una forma única, será también
tu historia.»

A sus treinta y un años, Nikki Eaton ha alcanzado la liberación sexual y la independencia económica. Nunca se ha visto a sí misma como «hija», sin embargo, la inesperada muerte de su madre la llevará a una intensa transformación personal. A lo largo de un año crucial se verá inmersa en la pena, pero también en la sabiduría, e incluso en un amor repentino y providencial.

La gran novelista norteamericana, autora de *La hija del sepulturero*, vuelve a deslumbrarnos con *Mamá*, su novela más conmovedora.

«Leer a Oates es como transitar por un campo de minas emocional,
para volver a la tranquilidad y sacudir la cabeza ante tamañas
lucidez y revelación.»

The Washington Post Book World

«Una autora audaz... con su valeroso corazón y su increíblemente
fastuosa capacidad imaginativa.»

Los Angeles Times

«Entre el realismo de Steinbeck y la eficacia narrativa de Grisham...
No hay tema que sea ajeno a la voracidad de Joyce Carol Oates, a su
habilidad narrativa, al ritmo que sabe imprimir a cada relato.»

La Vanguardia

«Inagotable y extraña... Emocionante y turbadora.»

El País

**Así comienza la nueva
novela de Joyce Carol Oates**

la última vez

La última vez que ves a alguien y no sabes que será la última vez. Y todo lo que ahora sabes, ojalá lo hubieras sabido entonces... Pero no lo sabías, y ahora es demasiado tarde. Y te dices: «¿Cómo iba a saberlo? No podía saberlo».

Te lo dices.

Ésta es la historia de cuánto echo en falta a mi madre. Algún día, de una forma única, será también tu historia.

día de la madre

Nueve de mayo de 2004. Uno de esos días de primavera contradictorios: muy soleados pero no muy cálidos.

Soplaban ráfagas de viento procedentes del lago Ontario en breves y fuertes rachas a modo de ataques relámpago. Un cielo de aspecto duro como baldosas azules. Aquel olor a hierba húmeda que desprendían los céspedes delanteros perfectamente rectangulares de Deer Creek Drive.

A lo largo de toda la calle había grupos de lilas en flor. De vivo y reluciente color morado, pinceladas de pintura azul lavanda.

En el 43 de Deer Creek, la casa de mis padres, en la que mamá vivía sola ahora que papá había muerto, había demasiados vehículos aparcados en la entrada y junto al bordillo. El Land Rover de mi cuñado, el viejo Caddie negro de mi tía Tabitha, que parece un coche fúnebre; éstos eran previsibles, pero había otros, entre los que se encontraba un coche deportivo de color rojo carmín muy pegado al suelo que tenía forma de misil.

¿A quién conocía mamá que condujera semejante coche?

Al diablo si quería conocerle. (Tenía que ser un *él*, por supuesto.)

Mi madre siempre me estaba presentando a «solteros disponibles». Desde que yo estaba liada con un hombre no disponible.

Era muy propio de mamá invitar a personas ajenas a la familia el día de la Madre. Era muy propio de mamá invitar a su casa a personas que eran prácticamente extraños.

Aparqué al otro lado de la calle. Me había puesto a silbar. Era algo que parecía hacerme bajar la adrenalina, silbar cuando corría el peligro de sobreexcitarme. Mi padre silbaba mucho cuando estaba en casa.

El día de la Madre: llevaba a mamá un regalo tan delicado, tan ligero, que parecía no pesar, sino estar recostado sobre mis brazos extendidos como algo dormido. Había pasado una media hora frustrante envolviéndolo en papel de aluminio con dibujos del arco iris, con cuerdas de múltiples colores entrecruzadas sobre el aluminio en lugar de cinta; yo tenía claro el aspecto alocado-divertido-extraño que quería darle al regalo, pero había tenido que conformarme con aquella mezcla de *new age* y jardín de infancia. Me había tomado medio día libre en el trabajo con la idea de encontrar un regalo apropiado para mi madre, que era un enigma para sus hijas adultas pues al parecer no necesitaba nada.

Al menos, nada que nosotras pudiéramos ofrecerle.

[...]

—¡Ooooh, Nikki! ¿Qué has hecho con tu pelo?

Fue lo primero que me dijo. Antes de que hubiera cruzado el umbral y entrado en la cocina. Antes de abrazarme echándose atrás con aquella expresión suya de desconcierto.

Recordaría el modo en que la voz de mamá ascendió al pronunciar *pelo* como el grito que lanza un pájaro cazado en pleno vuelo.

Mamá tenía la cara redonda, infantil, y reflejaba todas las emociones con la claridad del agua. Tenía la piel enrojecida, como curtida por la intemperie, los ojos de color ámbar-verdoso abiertos como platos. Desde la muerte de papá se había convertido en una mujer como un pequeño colibrí que no paraba quieto. Su asombro al ver mi aspecto fue tan grande que habría jurado que lo que había dicho era «¿Qué has hecho con *mi* pelo?».

Inocentemente le dije que creía haberle comentado que iba a cortarme el pelo.

—*Cortar.*

Queriendo decir: ¡vaya eufemismo!

Yo tenía treinta y un años. Mamá, cincuenta y seis. Llevábamos casi tres décadas con estos intercambios de palabras. Se diría que ya estábamos acostumbradas, pero al parecer no era así. Sentía los latidos del corazón de mi madre, acelerados como los míos.

Esta vez, la situación era bastante normal. No me había escapado de casa como hice cuando era adolescente o, peor aún, no había vuelto de la universidad a casa inesperadamente negándome a explicar por qué. No había anunciado que estaba comprometida con un joven al que mis padres apenas conocían, ni siquiera que había roto el compromiso. (Dos veces. Dos jóvenes muy diferentes.) No había dejado mi trabajo actual en una sucesión de aburridos trabajos. No me había «largado» con un hombre no del todo divorciado o ni siquiera sola a campo traviesa en una desvencijada furgoneta Volkswagen para ir con mochila al pico Grand Teton, en Idaho. Lo único que había hecho era cortarme el pelo al estilo punk y teñírmelo de un tono morado oscuro que, bajo ciertas luces, tenía reflejos iridiscentes. No había ni un mechón de pelo que midiera más de dos centímetros y medio, y llevaba las patillas y la nuca afeitadas. Podría decirse que tenía el aspecto de un drogata chic de otra época, o el de alguien que había metido los dedos en un enchufe.

Mamá sonrió con valentía. Al fin y al cabo, era el día de la Madre, había invitados en la otra habitación. ¿No era famosa Gwen Eaton en Mt. Ephraim, Nueva York, en el valle de Chautauqua, ciento trece kilómetros al sur del lago Ontario, por ser una mujer infatigablemente optimista, que nunca se quejaba, nunca se compadecía de sí misma, afable y bondadosa?

¿Su apodo en el instituto no había sido Pluma?

—¡Bueno, Nikki! Tú estarías guapa aunque fueras calva.

Se puso de puntillas para darme un abrazo con un poco de retraso. Algo más fuerte de lo ordinario, para señalar que me quería aún más, porque yo era un suplicio para ella.

Cada vez que mamá me apretaba en uno de sus fuertes abrazos me parecía que ella era un poco más pequeña, más baja. Desde la muerte de papá aquel pulcro cuerpecillo que parecía poseer la elasticidad de la goma estaba perdiendo definición. Mis manos encontraron michelines en su cintura y en lo alto de la espalda, vi la carne flácida de los antebrazos y de la barbilla. Desde que había cumplido los cincuenta, mamá había abandonado cualquier tipo de tacón, y llevaba sobre todo zapatos de suela de crepé tan planos, pequeños y de punta redonda que parecían zapatos de juguete de una niña. Por un breve período habíamos tenido la misma altura (un metro sesenta y uno, cuando yo tenía doce años), y ahora mamá era varios centímetros más baja que yo.

Sentí una punzada de alarma, de pérdida. Quería pensar que tenía que haber algún error.

Con mi voz de fiesta dije:

—Mamá, tienes un aspecto espléndido. Feliz día de la Madre.

Mamá respondió, turbada:

—Es un día tonto, ya lo sé. Pero Clare y tú queráis llevarme a comer fuera, así que es una solución intermedia. Feliz día de la Madre a ti.

Mamá se había puesto para la ocasión un top de terciopelo de color verde lima y pantalones a juego que ella misma había cosido. Pendientes de concha rosa que había confeccionado en una de sus clases de manualidades en el centro comercial y un collar de cuentas de vidrio que yo había encontrado en una tienda de segunda mano. Su cabello rubio canoso resultaba atractivo si lo llevaba moderadamente corto, su piel tenía un aspecto lozano como si se hubiera aplicado crema hidratante y luego se la hubiera quitado frotándola con vigor. Como papá solía meterse con ella por haber sido una chica glamurosa cuando se conocieron, mamá era muy tímida con el maquillaje e incluso el carmín lo utilizaba escasamente. En las fotografías antiguas de los años sesenta, cuando era adolescente, mamá desde luego no

parecía glamurosa. Era una animadora de instituto «mona» de un modo insulso, con las facciones de una muñeca y la misma sonrisa dolorosamente esperanzada de miles —¿millones?— de otras muchachas que cualquier ciudadano no estadounidense reconocía de inmediato como «americanas de clase media».

—Nikki, Dios mío. ¿Qué has hecho?

Mi hermana Clare me miraba fijamente, desaprobadora. En su voz había una excitación similar a cuando éramos niñas y su caprichosa hermana menor finalmente había ido demasiado lejos.

Me pasé los dedos por mi pelo de punta, tieso como astillas gracias a la espuma, y me eché a reír. Clare ya no podía intimidarme, éramos adultas.

—¡Clare, estás celosa! El cabello morado te quedaría estupendo, pero tu familia no lo permitiría.

—Espero que no.

En realidad, al marido de Clare, Rob (en el cuarto de estar, con los otros invitados de mamá), tal vez le habría gustado ver a Clare abrirse un poco. Eran sus hijos los que se habrían avergonzado.

Clare era una mujer de cuerpo rollizo de treinta y cinco años que aparentaba exactamente esa edad. Quizá de niña había tenido también una vena salvaje, pero de eso hacía tanto tiempo que apenas importaba. Era madre de dos hijos a los que se tomaba como una tarea muy seria que le había sido encomendada. Era esposa de un acomodado ejecutivo de una empresa de Mt. Ephraim (director de ventas, Coldwell Electronics) al que mamá se esforzaba por venerar, al menos en público. La primera impresión que se tenía de Clare era la de «una mujer atractiva, sexy», pero cuando se la miraba de nuevo se veían las finas patas de gallo producidas por el gesto de desaprobación, de desdén, grabadas en su piel. Su rostro era una luna perfecta como el de mamá, aparentemente sin huesos, malhumorado-lindo y con tendencia al volumen. Salvo que mamá tenía los ojos desorbitados, inocentes, y los de Clare eran escép-

ticos. Ella habría dicho que esperaba lo peor de la gente y raras veces se sorprendía.

[...]

Entré en la vieja casa.

Respiré hondo, como un submarinista. Pero ni la inspiración más profunda puede llevarte tan lejos.

Cuatro años después de la muerte de papá, aún tenía que reprimir el impulso de buscarle. Porque siempre era mamá la que salía a saludar a las visitas; papá aparecía más tarde como sorprendido por la intrusión aunque dispuesto a ser bueno.

Cuatro años después, no lloraba a mi padre. No lo creo. Me había acostumbrado a su muerte. (Aunque en su momento había sido un shock: tenía apenas cincuenta y nueve años.) Sólo que mamá parecía tan valientemente sola sin él, en aquella casa. Como una bailarina cuya pareja la ha dejado sola en la pista de baile mientras la música aún suena.

—¡Nikki! ¡Uau!

Éste fue el saludo de Rob Chisholm. En voz baja.

Rob miraba sonriendo mi pelo morado de punta. Y mi diminuto top de crespón negro fruncido que se ceñía a mi torso mejor que un guante, se podría decir que pegado a los pezones; y mis pies desnudos, morbosamente pálidos en unas sandalias de tacón alto con lentejuelas doradas. (¡Compras de tienda de beneficencia!) Los rutilantes anillos y pendientes y el atrevido carmín de color magenta con el que había delineado mis labios enfurruñados también le llamaron la atención.

Había cierta rigidez entre el marido de mi hermana y yo, esperaba que nadie lo notara. Nunca nos abrazábamos, sólo nos dábamos la mano con fuerza y brevemente.

Entonces Rob me soltó la mano. Como si mi piel le quemara los dedos.

Siempre estaban ocurriendo tantas cosas cuando nos tocaba coincidir en reuniones familiares que Rob y yo nos ahorrábamos tener que afrontar el hecho de estar juntos durante mucho rato.

—¡Oh, tía Nikki!, ¡es fantástico!

Un gritito entrecortado de mi sobrina de trece años Lilja, sonriendo al ver mi pelo. Y entonces vino Foster, mi sobrino de ocho años, un niño de piel clara y voz ronca con unos encantadores dientes de ardilla y una forma de decir «Hola, tía Nikki» que me hacía sentir la inutilidad de intentar ser la tía de nadie.

En la cocina, Lilja revoloteaba a mi alrededor. Me acibillaba con sus preguntas de costumbre. Las celebraciones familiares en casa de mamá empezaban a ser una carga para Lilja igual que lo habían sido para mí a su edad. Sabía que el que Lilja pareciera admirarme irritaba a Clare: yo estaba tan lejos de Clare y de las madres de las amigas de Lilja como era posible en Mt. Ephraim, Nueva York, veintiún mil habitantes. (En parte porque ya no vivía en Mt. Ephraim sino en Chautauqua Falls, una ciudad más grande y más próspera a unos cuarenta y ocho kilómetros al oeste. Allí trabajaba como periodista y articulista para el *Chautauqua Valley Beacon* y llevaba lo que, para una treceañera, y posiblemente también para Clare, podía parecer una vida sofisticada.)

«Lilja» era un nombre danés, elegido por Clare por su sonido musical-misterioso. Por fortuna, mi sobrina se estaba convirtiendo en una de esas adolescentes precoces —muy delgada, muy guapa— que no parecía asombrarse por ningún nombre exótico.

[...]

¿Por qué hacía estas cosas mamá? Sentí la necesidad, no por primera vez desde la muerte de papá, cuando la «hospitalidad» de mamá empezó a ser frenética, de huir.

Pero ahí estaba Clare observándome. *¡Ni se te ocurra, Nikki!*

Y no lo hice. Por la manera en que estreché la gran mano de Sonja Szyszko y escuché su cháchara sobre la «tan gentil dama cristiana» que era mi madre, se habría dicho que no existía otro lugar en el mundo donde yo quisiera estar salvo exactamente allí.

Los otros invitados de mamá eran: tía Tabitha Spantic, una de las hermanas mayores de mi padre que nunca se había interesado mucho por la familia de él, una abuela de cabello blanco y aspecto serio con la habilidad muy impropia de una abuela de quedarse atrás para no ayudar en la cocina, antes o después de comer; la «amiga» más antigua de mamá de cuando iba a la escuela primaria, una mujer friolera e hipocondríaca llamada Alyce Proxmire, a quien papá nunca había podido soportar pero que le había vencido en la muerte, pues parecía estar en el 43 de Deer Creek Drive cada vez que yo volvía allí; el exaltado Gilbert Wexley —«señor Wexley», como mamá insistía en llamarle—, un pseudodignatario local que gozaba de una posición influyente en el ayuntamiento de Mt. Ephraim y ayudaba a financiar el Festival Anual de Artesanía en el que mamá participaba; y Sonny Danto, propietario del feo coche deportivo rojo, hombre entusiasta de edad madura, moreno y atractivo, con un copete grasiento y patillas al estilo del viejo Elvis Presley, al que mamá había invitado la víspera cuando se presentó en la casa en una «misión urgente de vida o muerte».

Le pregunté cuál era la emergencia, y mamá dijo, apretándose la mano al pecho sobre su top de terciopelo color verde lima:

—¡Hormigas rojas! ¡Una invasión!

[...]

—Sonny Danto —dijo el hombre del copete grasiento, cogiéndome la mano con un exagerado floreo—, el Azote de los Insectos.

¡Un exterminador! Esto sí que era una novedad.

Aquellos individuos dispares habían sido invitados a cenar el día de la Madre, 9 de mayo, 2004, por razones, por lo que podía imaginar, que tenían que ver con el hecho de que eran madres, como tía Tabitha, cuyos hijos vivían demasiado lejos para visitarla; o de que no eran madres, como Alyce Proxmire y Sonja Szyszko, y podrían sentirse «solas y abandonadas»; o de que eran hijos sin madre, como el señor Wexley, cuya madre ya había muerto, o Sonny Danto, cuya madre vivía en una residencia de ancianos en Orlando, Florida, demasiado lejos para visitarla.

Por qué Clare y Nikki estaban invitadas no era ningún misterio, al menos.

La cena en casa de mamá siempre era más complicada de lo que cabría esperar. No sólo porque los «platos» que preparaba eran complicados, y requerían intensos esfuerzos de concentración en la cocina, cerca del fuego (donde al menos uno de los cuatro quemadores probablemente funcionaba mal), sino porque tenía que haber «aperitivos», que se iban pasando en la sala de estar, e invariablemente se trataba de «nuevas recetas especiales» que requerían comentarios, alabanzas. En esta ocasión mamá había preparado tallos de apio con relleno de crema de queso con curry, rollitos rellenos de bacalao, huevos picantes con mucha pimienta y bolitas de salchicha caliente. (Las bolas de salchicha fueron un éxito instantáneo entre los hombres, en especial Sonny Danto.) Mientras la conversación se desviaba, decaía, se tambaleaba, languidecía y revivía animosamente, mamá se mostraba impaciente por que las fuentes con comida estuvieran en movimiento continuo.

El exaltado señor Wexley, con aire de anfitrión, cosa que me chocó y me hizo preguntarme cuál sería exactamente su relación con mamá, alardeaba de haber traído para la ocasión champán de «primera» del estado de Nueva York. Con la prepotencia de un político de pequeña ciudad se puso en pie y alzó su copa para proponer un brindis por mi azorada madre:

—¡Por Gwendolyn Eaton! ¡Por esta ocasión tan especial: el día de la Madre! Estimada ciudadana, vecina, amiga

y, mmm..., ¡madre! Que, según me han dicho —hizo un guiño como de payaso, mirando a mamá por encima de su larga nariz picuda—, cuando era una guapísima animadora del instituto de Mt. Ephraim, promoción del 66, era conocida por sus compañeros de clase, que la adoraban, como Pluma.

Todos se unieron al brindis. Mamá se sonrojó. Sonja Szyszko sonreía ampliamente, perpleja:

—¿Pluma? ¿Como un pájaro? ¿Pluma de pájaro?

Pobre mamá. Las mejillas le ardían como si le hubieran dado una bofetada. Era imposible saber si la atención recibida la satisfacía o la mortificaba; si su risa era sincera o forzada. En la familia, mamá siempre era objeto de burla; a menudo era papá quien empezaba, aunque con cariño. El papel de papá había sido ser escéptico, mientras que el de mamá había sido ser ingenua, crédula y siempre sorprendida.

[...]

La conversación derivó hacia las tiendas de segunda mano de beneficencia. En ese tema, yo era la experta. Exhibí para los invitados de mamá un reloj que había encontrado en la misma tienda de Rochester, de una plata ligeramente deslustrada pero aún muy bonita, con la esfera de un delicado azul medianoche que no tenía números convencionales sino pálidas estrellitas luminosas. En el dorso tenía grabado: «Para Elise con amor». Con mucho champán en el cuerpo y un talante excitable, al ver el modo en que los hombres me miraban, me oí coto-reando como una de esas cabezas huecas que salen en la tele sobre mi «insaciable» gusto por curiosear en tiendas de segunda mano. Parecía que las cosas antiguas me atraían, como si lo que era nuevo, sin estrenar, sin probar y «aún no amado» no tuviera ningún atractivo para mí; parecía tener necesidad de adquirir cosas que ya habían pertenecido a otra persona como si no estuviera segura de mi propio criterio y tuviera que seguir el que otros habían tenido: «Ropa, joyas, hombres».

Tenía mis esbeltas piernas de seda púrpura cruzadas, mi pie desnudo blanco como la cera (uñas de los pies pintadas de magenta, a juego con las de las manos y con los labios) se movía en la sandalia dorada de tacón alto. Había hablado caprichosamente. Tenía una manera de decir cosas serias con una atrevida inocencia que provocaba risas de desconcierto.

Pero Clare no se reía. Ni mamá, que aún jugueteaba con las plumas de avestruz colocadas sobre los hombros de Sonja Szyszko, maravillándose de su belleza.

¡El marido de otra mujer! Cómo puedes, Nikki.

Cómo puedes esperar que se case contigo, si no te respeta.

Porque si ese hombre te respetara, se divorciaría y se casaría contigo.

¡Sí que lo haría! Me da lo mismo qué siglo sea éste.

Y si no se casa contigo, es que no te respeta.

¡Nikki, no te rías de mí! A tu padre también le preocuparía esto.

Cielo, soy tu madre. Simplemente no quiero que te hagan daño.

[...]

—Mamá no puede resistirse a los animales callejeros, pero su familia la vigila de cerca, sólo tiene uno.

Mamá dijo, sonriendo:

—Sí. *Morning Glory* falleció. Ahora sólo está *Smoky*.

—Pero hubo un tiempo, no hace tanto —dijo Clare—, en que tenías cuatro gatos. Ya sabes lo que papá opinaba de eso.

—Oh, cariño. Tu padre no... —mamá sonrió, vacilante. Antes de comer se había puesto la boa de plumas blancas sobre los hombros pero ahora se le estaba resbalando—. En realidad no le gustaban los animales. No mucho.

—No los animales en general, mamá. ¡Los animales callejeros!

Clare sonreía ampliamente. Yo sabía que tenía que ayudarla, había metido la pata al llevarnos a este tema. Le tomaríamos el pelo a mamá para distraer su atención, la haríamos reír con turbado placer. Le hablaríamos de su debilidad por los animales extraviados y personas indefensas: la vendedora de cosméticos que se había echado a llorar durante su discurso de ventas le había confiado a Gwen lo sola que estaba, Gwen la invitó enseguida a comer. La mujer tuvo una «crisis nerviosa» y acabó quedándose a pasar la noche y, por la mañana, fue papá quien tuvo que pedirle por favor que se marchara. Peor aún fue «la prima Darlene», una pariente lejana de Gwen, de Plattsburgh, que llegó sin avisar con aspecto desaliñado y un niño de seis meses, contó una historia terrible de un marido que la maltrataba y amenazó con quitarse la vida, naturalmente Gwen la acogió; al cabo de unos días Darlene estaba acumulando facturas de conferencias telefónicas, dejaba al niño, que tenía cólicos, con mamá casi todo el día y esperaba que mamá cocinara y limpiara para ella, hasta que de nuevo tuvo que intervenir papá, que se puso en contacto con la familia de Darlene en Plattsburgh para rogarles que fueran a recogerla.

—¡La prima Darlene! Todavía estaría aquí, acampando en mi antigua habitación —dijo Clare con vehemencia—. Había robado a su propia familia. Ni siquiera estaba casada. Aquel niño no tenía padre.

Mamá protestó débilmente.

—Oh, pero ¿de quién era la culpa? Un niño no elige...

—¿Y el verano pasado? Vine aquí y estaba aquel individuo con aspecto de Ozark, juro que llevaba los brazos cubiertos de tatuajes, una camiseta ajustada que le marcaba los músculos y lo que parecía un bañador, haciendo ver que cortaba el césped. Salvo que el cortacésped aún petardeaba al ralentí. Pregunté a mamá quién diablos era aquella persona y me dijo que el reve-

rendo Bewley le «habló de él», estaba en libertad condicional nada menos que de Red Bank.

—Oh, pero sólo era por una pequeñez, de verdad —dijo mamá, sonrojándose—, como falsificar cheques, o...

—¡Robo de coches, mamá! ¡Robo! ¡Quién sabe qué más había hecho y no le cogieron!

[...]

—¿Y tú, Nikki? ¿Cómo estás tú?

—Estupendamente, mamá. Ya lo ves.

Me pasé ambas manos por el pelo, de punta.

Mamá me miraba, sonriendo insegura. Sus ojos de color ámbar verdoso parecían húmedos como si, en realidad, estuviera haciendo esfuerzos por ver a quien se encontraba ante ella.

—Has estado pensando en él, ¿verdad? Toda la noche.

—Mamá, por favor. Deja ese tema tan manido.

Mi respuesta fue rápida, aguda. Más tarde me daría cuenta de que yo misma había estado esperando aquello, aquellas palabras del más amable reproche murmuradas por mamá y aquella expresión temblorosa en su rostro, el rápido parpadeo que indicaba «Tu madre está reprimiendo las lágrimas. Se está haciendo la valiente por ti. Es una buena madre de una terca hija autodestructiva decidida a romperle el corazón».

—Nikki, para mí no es tan manido.

—Mira, no le conoces. Le viste una vez, no tienes ni idea de cómo es nuestra relación. Así que, por favor, vamos a dejarlo correr.

—«Dejarlo correr.» Vaya manera de hablar. Como si yo pudiera «dejar correr» a mi propia hija.

—Mamá, tus invitados te están esperando. Será mejor que volvamos.

—¡Oh, qué me importan ellos! No sé por qué les invité, me invadió una especie de locura. «¡Más gente! ¡Más gente! ¡Si no puedo ser feliz al menos puedo hacerles felices a ellos!», tal

vez sea eso. Pero a mí sólo me importa mi familia, me importas tú.

Mamá hizo un torpe movimiento para tocarme, y yo me aparté. Rápida como si un pequeño colibrí me hubiera golpeado con el pico, había reaccionado sin pensar.

De pronto estábamos hablando en voz baja y agitada. El corazón me latía fuerte, con dolorosa claridad, a menos que fueran los latidos del corazón de mi madre. Me costaba respirar, ella estaba absorbiendo todo el oxígeno de la habitación. Tenía ganas de apartarla de mí, me asustaba su poder. No soportaba que me tocara, igual que, en la sala de espera del hospital cuando nos comunicaron la muerte de papá, no podía soportar que nadie de la familia me tocara, pues me habían arrancado la capa más externa de la piel, estaba en carne viva, expuesta. Mamá decía palabras que le había oído pronunciar muchas veces e imaginado muchas veces más: debo romper con ese hombre, ha tenido una influencia mala en mi vida, aunque se divorcie de su esposa, piensa en lo desdichada que la ha hecho a ella, y a mí. Cómo puedo esperar que se case conmigo si no me respeta y cómo puede respetarme si yo misma no me respeto. Cómo puedo ir a la deriva como he estado yendo. Estos años. Corriente abajo. Como si hubiera ido en una canoa, remando, y hubiera soltado el remo, ahora la canoa va a la deriva corriente abajo, conmigo dentro...

—Tal vez tú no has ido lo suficiente a la deriva, mamá. La familia no es lo único que existe.

—Sin la familia, ¿qué hay?

Después pensaría: mamá hacía esta pregunta con sinceridad.

Quería saber, y cómo podía decírselo yo. No podía revelarles que no lo sabía.

—Mamá, tú no eres yo, y yo no soy tú. Y doy gracias a Dios por ello.

Todo lo que dije era cierto. Había tenido muchas veces estos pensamientos rebeldes. Ahora, de repente, los estaba expresando en voz alta, en tono dolido, infantil.

Fue en ese momento cuando Clare abrió la puerta de la cocina.

A las nueve y cuarenta de la noche la fiesta había terminado. Por fin.

Mientras conducía de vuelta a Chautauqua Falls pensé:
«La castigaré, mañana no la llamaré.

»Tal vez pasado mañana.

»Tal vez no.»

... entonces, júzgame

Cuando nos hacíamos mayores. Cuando éramos duras en nuestras opiniones sobre los demás como saben serlo los adolescentes.

«Camina un kilómetro sobre mis pisadas; entonces, júzgame.» Es lo que mi madre solía decir.

Mamá no nos estaba regañando exactamente. Hablaba con suavidad, y sonreía. Clare comprendía la regañina pero yo tenía una mente tan literal que trataba de imaginar cómo se podría caminar sobre las pisadas de otro: ¿en la nieve?, ¿en el fango?, ¿en la arena?

Mamá raras veces hablaba de su madre, Marta Kovach, que había muerto cuando ella sólo tenía once años. Había muerto de alguna misteriosa enfermedad nerviosa que «la consumió».

Incluso décadas más tarde el tema era demasiado doloroso para que mamá hablara de él. A Clare y a mí, que nos hacíamos mayores, nos alarmaba que nuestra madre hubiera sido la hija de una extraña, no siempre había sido nuestra mamá sino una niña de once años que un día al salir de la escuela fue a su casa, que estaba en una hilera de casas de tablillas en Spalding Street en el centro de Mt. Ephraim, y descubrió que su madre había «fallecido» mientras dormía y no le permitieron verla.

Mamá estaba en sexto grado en aquel momento y tendría que repetir curso, todo lo que había aprendido se le había borrado.

—Fue como una pizarra que se borra. Lo olvidé todo.

Sonrió con melancolía. Me pregunté si podía ser cierto: ¿lo olvidó todo? Su nombre, leer y escribir. Lo dudaba.

Estábamos solas en la cocina. Mamá parecía muy triste, miraba fijamente por la ventana hacia el comedero de pájaros donde había un enjambre de pajarillos —carboneros, gorriónes, pinzones, un llamativo cardenal rojo y su compañera rojooliváceo—, que revoloteaban y se lanzaban a las semillas. Sin embargo, no parecía verlos.

Sentí el impulso de abrazarla. Pero entonces yo tenía quince años, no era muy dada a los abrazos.

De todos modos, el momento pasó.

desaparecida

Dos días después de la cena del día de la Madre, el martes 11 de mayo a media tarde, sonó el teléfono y, como por fin estaba trabajando, después de un día de una absoluta dejadez de proporciones épicas-neuróticas, no contesté.

Unos minutos más tarde volvió a sonar. Por alguna razón, los timbrazos sonaban a mi hermana Clare.

—¡Nikki! He estado intentando localizarte. ¿Has hablado hoy con mamá?

—Hoy no.

En realidad, el día anterior tampoco. Wally Szalla había vuelto a entrar en mi vida, el hombre de quien mamá había dicho que era una «mala influencia» para mí. Wally y yo habíamos estado seis días, quince horas y cuarenta minutos sin comunicarnos, y por tanto teníamos que ponernos al día.

No le conté este detalle a Clare. Ni a mamá.

[...]

Me marché de la casa del 43 de Deer Creek Drive en cuanto el último plato enjuagado estuvo metido en el lavavajillas. (Mamá me había invitado a quedarme a pasar la noche en mi antiguo dormitorio, que ella había convertido en habitación de invitados, pero yo decliné el ofrecimiento. ¡Tenía que escapar!)

No estaba segura de si había abrazado a mamá para deseársle buenas noches.

Creía que sí. Probablemente. Mamá me habría abrazado a mí.

Clare estaba diciendo:

—La señora Kinsler, la amiga de mamá de la iglesia, me ha llamado para preguntarme si sabía dónde estaba mamá, tenían que encontrarse esta mañana a las diez y media en el centro comercial para su clase de manualidades, después tenían que almorzar con otras mujeres. Pero no ha aparecido, lo que no es propio de ella, y no ha llamado para dar una explicación, y no ha respondido al teléfono en todo el día.

—Clare, sólo son poco más de las cinco de la tarde. ¿Qué quieres decir con «todo el día»?

—Quiero decir que no es propio de mamá no acudir a una cita con una amiga, o a una de sus clases. Si se le hubiera estropeado el coche, habría llamado.

Clare trataba de hablar con calma. Clare me estaba dando a entender que podía ser algo serio, o podía no ser serio. Pero ella, Clare, la mayor y más responsable de las hermanas Eaton, era la que proporcionaba información.

[...]

Reinaba el silencio. Me encontraba sola en el apartamento vacío. Cinco habitaciones alquiladas en la planta superior, la tercera, de una destartada casa victoriana de piedra rojiza en un barrio residencial de Chautauqua Falls, a unos cuarenta y ocho kilómetros del 43 de Deer Creek Drive, Mt. Ephraim. Qué extraño, mientras estaba aquí, también estaba allí. Bueno, realmente no estaba aquí, estaba allí.

Desde que había hablado con Clare había estado esperando que sonara el teléfono, pero no había sonado. Había estado esperando que mamá llamara, pero mamá no había llamado. Y me di cuenta de que si Clare no hubiera llamado para preocuparme, si en su lugar hubiera llamado mamá, habría mirado la pantalla de identificación del teléfono, habría visto EATON, JON y probablemente no habría descolgado porque estaba trabajando: porque no quería que me interrumpieran en mi trabajo.

Y se me ocurrió: «Esto es lo que mereces: no oír nunca más la voz de tu madre».

De pronto sentí miedo. No eran las cinco y media, pero me marché para ir a casa de mi madre.

cuando encontré a mamá

¡Qué decepción! Clare tenía razón, el coche de mamá no estaba en la entrada.

Aunque sabía lo que tenía que esperar. En el trayecto hasta Mt. Ephraim había marcado repetidamente el número de mamá en mi móvil. Y siempre al otro lado de la línea el teléfono sonaba cuatro veces, entonces se oía el clic y la misteriosa voz creada por ordenador que decía: «Ha llamado al 7167372695. En este momento no hay nadie en casa. Por favor, deje su mensaje después de oír la señal».

[...]

Aparqué en la entrada como había hecho centenares de veces. Ésta era la época de mi elegante Saab del 2002, muy por encima del poder adquisitivo de una periodista del *Beacon* salvo porque me lo había vendido un amigo de Wally Szalla. Dejé las llaves puestas pensando que volvería enseguida. Dejé mi móvil en el asiento del pasajero pensando que no lo necesitaría. Entraría en la casa por la cocina como hacíamos todos los de la familia. Tenía llave, por supuesto. Nunca había dejado de tener llave de la casa del 43 de Deer Creek Drive aunque no vivía allí desde hacía casi una década.

Eran las seis y cinco de la tarde. El cielo estaba surcado de hermosas nubes amarillentas sobre el lago Ontario al norte, y al oeste el sol estaba parcialmente oscurecido entre nubes aunque aún alto en el horizonte, como si fuera reacio a ponerse.

Pensé, de nuevo con aquel infantil escalofrío de esperanza. Aún es de día, no se acerca la noche.

Y sin embargo: las seis y cinco de la tarde. Y ya las seis y seis. Mi madre no estaría fuera de casa tantas horas. Si se había ido hacia las diez de la mañana al centro comercial, calculé rápidamente que hacía al menos ocho horas que estaba fuera.

Aquél era un martes corriente en la vida de Gwen Eaton, estaba segura. Ella no había planeado ninguna salida ambiciosa, no había nada en su programa que explicara esta ausencia. Si lo hubiera habido, Clare o yo lo habríamos sabido.

Mamá nos lo habría dicho, nos lo contaba todo.

¡Oh!, ¿por qué el corazón me latía tan fuerte? Mientras recorría despacio la entrada, acercándome a la puerta lateral. El murete de cemento sobre el que mamá había colocado las macetas de geranios de costumbre: rojo, rosa, blanco. En la base había puesto pensamientos morados, notaba el olor acre de la tierra húmeda. No vi luz en la cocina. La puerta no estaba cerrada con llave. Cuando la abrí oí el rápido tintineo de bienvenida del pequeño móvil de campanillas.

Me pregunté si me sentía tan crispada porque no era natural que entrara en casa de mamá en su ausencia. Ahora que ya no vivía allí, y había transcurrido tanto tiempo.

Nunca «me dejaba caer por allí» como siempre hacía Clare. Mis visitas eran premeditadas. No me habría gustado hacer el viaje para quedarme decepcionada ante una casa vacía.

Nadie para saludarme en la puerta con su entrecortado pequeño abrazo:

«¡Vaya, Nikki! Hola, cielo.»

Imaginaba esto. Imaginaba a mamá en la puerta, después de todo. (El Honda estaba en el taller de reparaciones. Mamá lo recogería por la mañana.) Esta vez, mamá no se quedaría tan sorprendida por mi pelo. Menearía la cabeza con aire triste, se reiría.

Yo sería una belleza, insistía mamá. Aunque fuera calva.

—¿Mamá? ¿Estás en casa?

Tonta. Oí mi tonta voz.

Se me acercó *Smoky*, el robusto gato gris de mamá, para pegarse a mis tobillos y maullar. El gato se comportaba de un modo extraño, pensé. *Smoky* era un gato amistoso, al menos con las personas conocidas, pero ahora se comportaba con crispación, inquieto. Cuando me incliné para acariciarle la cabeza se puso tenso, se agachó y dio la impresión de que iba a echar a correr.

—*Smoky*, soy yo. No tengas miedo.

Le acaricié la cabeza, conseguí que soltara un vacilante ronroneo. Vi que sus platos de plástico para comer estaban vacíos y en el del agua casi no había líquido.

Había otras cosas extrañas en la cocina pero no acertaba a ver lo que era. Lo veía, pero no lo registraba. De alguna manera seguía esperando que mamá apareciera. Esperaba el ruido de sus pasos, su voz. «¿Nikki? Vaya, cariño, qué agradable sorpresa...» Recordaba un día años atrás en que había llegado al salir del colegio y mamá tenía que estar en casa pero no estaba y yo recorrí toda la casa buscándola y llamándola: «¿Mamá? ¿Estás en casa?», con voz débil pero en realidad no pensaba mucho en ello, a los catorce años no piensas mucho en nadie salvo en ti misma, y sin duda no piensas en tu madre, no te imaginas a tu madre con una vida separada o independiente de la tuya, y finalmente miré por casualidad por una ventana de mi habitación que daba al jardín trasero y vi a mamá vestida con su atuendo de jardinería y sombrero de paja arrancando malas hierbas de uno de sus macizos de flores, justo donde mamá estaría. De inmediato me di la vuelta y olvidé cualquier vaga irritación que hubiera sentido, que no recordaría durante diecisiete años.

Bueno, había una cosa rara: una de las sillas de la cocina parecía que había sido arrastrada por el suelo hasta chocar con el frigorífico. Cualquiera que conociera a Gwen sabría que ella jamás habría arrastrado la silla hasta allí, a menos que hubiera estado fregando el suelo de linóleo, pero no habría dejado la si-

lla allí, igual que no habría dejado platos sucios en el fregadero ni el más breve período de tiempo.

Puse la silla en su lugar. Creo que actuaba de forma inconsciente. No quería que mamá supiera que la silla no estaba en su lugar, que yo la había visto fuera de su sitio y que podía haberme preocupado.

También se notaba un extraño olor. Las ventanas de mi nariz se comprimieron, no lograba identificarlo.

—¡*Smoky*, pobrecito!

[...]

A través de la ventana trasera de la cocina, enmarcada por unas cortinas fruncidas con un estampado de girasoles que mamá había confeccionado, vi el comedero de pájaros que papá había colocado a la altura de los ojos; también éste parecía vacío. En las plantas cercanas revoloteaban algunos pajarillos, gorjeando como en tono quejumbroso. Abarcaba con la vista la mayor parte del jardín trasero: no se veía a mamá.

Estaba empezando a temblar. Aquel día había sido cálido, un sol brumoso en un cielo nublado en su mayor parte; ahora que la luz del día se desvanecía, un notable fresco surgía de la tierra. Había salido a toda prisa de mi apartamento de piedra rojiza en vaqueros y camiseta, con la cabeza descubierta. Al llevar el pelo tan corto la nuca me quedaba muy expuesta al frío.

El día anterior en el *Beacon* mis compañeros se dividieron casi por igual entre los que creían que mi aspecto era «guay», «sexy», «¡fantástico, Nikki!», y los que sonrieron con ambigüedad y no dieron ninguna opinión.

Cuando pasé junto al plato de comida de *Smoky*, el gato se encogió y se quedó parado presa de un pánico momentáneo. Fui a ver el cuarto de baño del vestíbulo: el cuarto de baño de los «invitados» donde mamá guardaba sus jabones especiales de aromas florales en una cestita de mimbre en la parte trasera del retrete. Me llegó un tranquilizador olor a popurrí y jabón

y mi rostro en el immaculado espejo no estaba tan ojeroso y blanco como la cera y como desde dentro lo sentía.

El pelo teñido de morado parecía una peluca de espantajo. Algo para colocarse en la cabeza en Halloween. Al verme, Wally había parpadeado y sonreído y reído y tuvo que admitir: Nikki Eaton era la mujer más imprevisible que conocía.

De las mujeres con las que había salido, al menos.

Después del cuarto de baño de los invitados había una alcoba, un corto corredor que conducía a la puerta del sótano y la del garaje. Lo miraría después, pensé.

La puerta del sótano estaba cerrada. Si mamá hubiera bajado al sótano, para poner una lavadora, para planchar, habría dejado la puerta abierta.

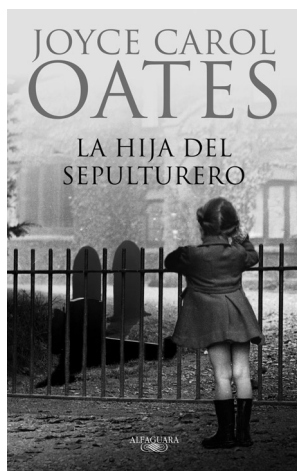
En el comedor vi con asombro algo muy extraño.

Las sillas estaban apartadas de la mesa. Los cajones del aparador estaban abiertos y su contenido desparramado. En la alfombra estaba la caja verde de la cubertería, como si la hubieran abierto y volcado formando un revoltijo de tenedores, cuchillos y cucharas. Pisé algo que rodó bajo mi pie: una vela rota.

Tardé un momento en darme cuenta: en la mesa del comedor y en el aparador adosado a la pared no estaban los candeleros de plata. Sólo estaban las velas, tiradas al suelo y rotas.

Habían entrado a robar.

Ahora el corazón me latía rápidamente. Habían asaltado la casa, la habían desvalijado. A través del umbral vi objetos desparramados en el salón. Percibía un olor acre, como de transpiración. Olor a hombre.



LA HIJA
DEL SEPULTURERO
Joyce Carol Oates

«Novelistas como John Updike, Philip Roth, Tom Wolfe y Norman Mailer compiten por el título de Gran Novelista Americano. Pero quizás el Gran Novelista Americano es una mujer.»

*The Herald*s

En 1936, los Schwart, una familia de inmigrantes desesperada por escapar de la Alemania nazi, se instala en una pequeña ciudad de Estados Unidos. El padre, un profesor de instituto, es rebajado al único trabajo al que tiene acceso: sepulturero y vigilante de cementerio. Los prejuicios locales y la debilidad emocional de los Schwart suscitan una terrible tragedia familiar. Rebecca, la hija del sepulturero, comienza entonces su sorprendente peregrinación por la «América profunda», una odisea de riesgo erótico e intrépida imaginación que la obligará a reinventarse a sí misma.

Joyce Carol Oates ha creado una pieza magistral de realismo mítico y doméstico, excepcionalmente emotiva y provocadora: un testimonio íntimo de la resistencia del individuo. En esta novela prodigiosa la violencia actúa como un faro iluminando una cultura y una época.